



UNA EMPRESA DE CULTURA EN LOS AÑOS 30: EL EDITOR
LORENZO ROSSO Y SU REVISTA BIBLIOGRÁFICA *LA
LITERATURA ARGENTINA*

MARGARITA PIERINI
UNQ

I. El proyecto personal de un editor argentino

A lo largo de nueve años, uno de los editores más exitosos de la industria nacional pudo darse el gusto de agregar a sus ya múltiples emprendimientos (imprentas, librería, edición de colecciones de autores clásicos y contemporáneos) la publicación de una revista mensual que, en sus 32 páginas, diera cuenta del movimiento editorial de la Argentina –básicamente, el de Buenos Aires–, de las actividades del mundo cultural centrado en el libro, y, a partir de estas actividades, se hiciera cargo de difundir el criterio intelectual del país. Su muerte, a los 65 años, no interrumpió el desarrollo de una sólida empresa editorial, para la cual había formado a sus hijos y herederos. Pero la revista, al perder a su creador y mecenas, se prolongó apenas un año más hasta desaparecer en 1937, dejando trunco, entre otros, el proyecto de la Bibliografía General Argentina.

Recorrer los 105 números de *La Literatura Argentina*¹ (los tres últimos, que corresponden a una sola entrega –julio-agosto-septiembre de 1937–, marcan el final de la publicación) ofrece un trayecto de renovadas sorpresas para los lectores de nuestra literatura. Casi podría decir, arriesgándome a ser un tanto hiperbólica a partir de la fascinación por el objeto de estudio, que para investigar la cultura argentina letrada de los años 20-30 resulta un material de consulta imprescindible: por la pluralidad de voces que en ella resuenan, por la atención que se presta a los grandes (y a los pequeños) problemas de la cultura, por el registro de los movimientos políticos que hacen de la batalla cultural uno de los campos donde se dirime la disputa por el poder, por la

¹ En adelante abreviado como LLA.



coexistencia (aparentemente amable) entre figuras e ideologías que los años que se avecinan en el mundo van a enfrentar dramáticamente.

(A manera de ejemplo de esa pluralidad en la información que registra LLA: el embajador de España, Ramiro de Maeztu, propone en una entrevista de abril de 1929 la necesidad de crear un mercado del libro hispanoamericano. La visita a Buenos Aires del presidente electo de los EEUU, Herbert Hoover, es objeto de una extensa nota en las primeras páginas del número de diciembre de 1928. En otra nota central –abril 1929–, el homenajeado es Monseñor D’Andrea, pieza fundamental en la política de la Iglesia argentina durante tres décadas).

Entre las múltiples lecturas posibles, en este trabajo quiero detenerme en algunos aspectos que concentran especialmente el interés del director/editor/propietario. De más está decir que su preocupación por el desarrollo y la prosperidad de su empresa editorial es un elemento determinante, como lo demuestran las largas listas de publicaciones de la Editorial Rosso que se exhiben en cada número, los anuncios sobre libros ya editados y anticipos de los próximos,² las fotografías con las maquetas del enorme edificio donde funciona el emporio Rosso desde el año 1921.³ Sin embargo, la larga lista de temas de dimensión nacional que se exponen y se debaten en las páginas de la revista da cuenta de un pensamiento y una intencionalidad que van mucho más allá de lo que suele ofrecer un empresario editorial.

II. Breve biografía de un editor

-1871: Nace en Buenos Aires Lorenzo José Rosso, hijo de Domingo Rosso y Angela Ghersi.

-1893: Inicia su labor como gráfico.

-1897: Se traslada a un taller más grande y designa a su empresa con el nombre Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. Se casa con Rosario Pérez.

-1900: Crece el taller, se mudan a la calle Belgrano 475.

2 Casi no hay otras publicidades; alguna de máquinas de escribir, muebles de oficina, y no mucho más. Es evidente que no se trata, para su director, de un emprendimiento con fines prioritariamente comerciales.

3 Estaba situado en la calle Doblado 951, en Caballito. El edificio se conserva todavía, si bien con otros propietarios.



- 1904: Funda la sección Artes Gráficas de la Unión Industrial Argentina, de la que será presidente y activo promotor.
- 1906: incorpora los tres primeros linotipos llegadas al país.
- 1910: Imprime, por encargo del Gobierno Nacional, el Álbum del Centenario, una joya bibliográfica que da cuenta, por un lado, de su calidad de impresor, y por otro, del lugar destacado que ya ocupa dentro del ámbito editorial, así como de sus contactos políticos.
- 1911: Sus talleres incorporan la rotativa doble, con lo cual empiezan a imprimir diarios y revistas de categoría. A partir de entonces Rosso gana diversos premios en exposiciones en Francia, Turín, San Francisco.
- 1921: Los Talleres Rosso se trasladan a la sede definitiva, en la calle Doblaz 951. El empresario envía a su hijo Alberto a perfeccionarse en Estados Unidos en el campo de la industria editorial.
- 1923: Rosso se asocia con Ingenieros (separado de Vaccaro, su antiguo socio) y empieza a publicar con él *La Cultura Argentina*.
- 1926: Se asocia con Cantilo y Ruiz Guiñazú para formar la Editorial América Unida; en el primer concurso literario que organizan obtiene el premio la novela *El juguete rabioso* de Roberto Arlt. Dos años después queda Rosso como único dueño.
- 1928: Funda la revista bibliográfica *La Literatura Argentina*.
- 1936: Fallece el día 10 de julio. Sus hijos continúan con la empresa familiar.

III. Crear el periodismo de la bibliografía

Con estas palabras sintetizaba LLA, al cumplir su tercer año de aparición, el objetivo que se había propuesto y que los 105 números de la publicación fueron haciendo realidad. Al iniciar su proyecto, en septiembre de 1928, el editor enunciaba así el horizonte de su emprendimiento:

Tan avanzado nuestro país en materia de fermento de ideas, de propicio escenario para la expansión y el intercambio del pensamiento, afanoso para las bellas artes y entusiasta de las letras, necesita de los medios de información que indiquen, en la medida que se desarrollan estas actividades, las últimas conquistas, y no se olviden de señalar a la vez nuestras fuentes originarias.



El optimismo de los años de los gobiernos radicales, que se manifiesta en declaraciones de autores, funcionarios de la cultura⁴ y editores, marca el clima de época en el que surge este proyecto bibliográfico. De la actividad de librerías y editores da cuenta –y no es casual– la Primera Exposición del Libro Argentino, realizada en septiembre de 1928 bajo los auspicios del gobierno nacional –que todavía preside Marcelo T. de Alvear– y con la dirección de una figura connotada como Enrique Larreta.⁵ El num. 2 de LLA va estar dedicado en gran parte a reseñar esa exposición, que es a la vez una muestra del estado de madurez alcanzado por editores y escritores y una confirmación de la importancia –y la necesidad– de difundir ese desarrollo.

Al tratar de dar un panorama lo suficientemente abarcador de LLA, viene a la mente el concepto de Chartier: los escritores no escriben libros, escriben textos que van a convertirse en libros a través de la tarea de una serie de agentes que los van a llevar a las manos de sus lectores –ingresando a un campo intelectual donde se mueven, confrontan, debaten, una serie de instituciones que a su vez van a mediar entre el autor y su público. En este universo de la cultura impresa es donde Rosso se mueve en múltiples dimensiones, desde las novedades referidas a los escritores presentes y pasados –de acuerdo con los objetivos enunciados en su programa inicial– hasta las informaciones misceláneas sobre datos menudos del quehacer editorial.

Del autor al lector, para usar la frase que preside las Ferias del Libro, se exponen en LLA las múltiples instancias que sustentan, acompañan y enmarcan al libro en esta década de 1928-1937. Y no se agotan en este periodo: entre los atractivos de la consulta de LLA están las sorpresas que depara el descubrir nombres, obras y relaciones que aparecen en una línea sincrónica, en vecindades insospechadas. Están, por supuesto, Groussac, Quiroga, Victoria Ocampo, Lugones, Larreta, Gálvez, Arlt, Olivari, los González Tuñón, Borges. Pero asoman también Juan L. Ortiz (en una nota muy elogiosa de César Tiempo y Carlos Mastronardi, de un temprano enero de 1930), Jorge

4 Afirma Alberto Justo en la entrevista de agosto de 1929, desde su cargo de presidente de las Bibliotecas Municipales: “Actualmente nos hallamos en la tarea de mejorar el gusto del público. La vida argentina está, desde hace años, en el pleno goce de su tranquilidad constructiva. Los lectores, hombres de su tiempo, pueden entregarse, pues, a la clasificación” (LLA n. 12).

5 El vicepresidente es Carlos Noel; secretario, Manuel Glusberg; vocales: Cancela, Martínez Estrada, Capdevila, Evar Méndez.



Amado, con su novela *Cacao*, y –perdón por el mal recuerdo– Oscar Ivanissevich, de quien se reseña su libro *Hidatidosis ósea* (edición de autor), en mayo de 1936.

IV. El autor-el libro-el lector

1. Los autores tienen, como corresponde, un lugar muy destacado en la publicación. El género entrevista será uno de los pilares de LLA, donde los escritores pueden expresar sus ideas con mayor o menor solemnidad (caso Larreta, Gerchunoff, Keyserling, Reyes), o con el desenfado provocador de un Roberto Arlt, que arma y desarma su muy personal canon argentino para finalizar declarando “su fe inquebrantable en su [propio] porvenir de escritor”.⁶

Los premios de literatura (municipal y nacional) constituyen otro eje de interés en los primeros años de LLA. Llama la atención la amplia difusión sobre los jurados que los evalúan, la lista de obras presentadas, los comentarios de los colegas sobre los valores de los candidatos y sus posibilidades de éxito. Y una vez proclamados los resultados, las declaraciones de los ganadores y los juicios críticos de otros autores sobre la mayor o menor justicia de los premios.

Hay que destacar también el espacio asignado a las escritoras, en particular a partir de la creación de una sección a cargo de Raquel Adler (octubre 1931); pero también desde años anteriores se les dedican numerosas reseñas, y se suceden las notas sobre las exposiciones del Libro Femenino Latinoamericano (agosto 1931), la convocatoria al Concurso Literario Femenino de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres (enero 1929), la Antología de Poetisas Argentinas (de Maube y Capdevielle). Largas listas de escritoras y libros publicados por ellas aparecen en casi todos los números (con nombres como Victoria Ocampo, Salvadora Medina, Raquel Adler, Herminia Brumana, Sara Montes de Oca de Cárdenas, Norah Lange, que firmaba como “Berta Nora”, Alfonsina Storni, entre muchas otras). Vale señalar, sin embargo, que sus nombres están ausentes en los jurados –con excepción de Alfonsina Storni.⁷ Por cierto, esta omisión va a dar lugar al reclamo de una lectora, la Inspectora de Escuelas Teresa González, pidiendo

⁶ La entrevista se incluye en la recopilación *Grandes entrevistas de la Historia Argentina* de Saítta y Romero (1998).

⁷ Que será jurado del Concurso Municipal de Literatura de 1931, junto con C. Obligado, Soto y Calvo, M. Vedia y Mitre, Soiza Reilly, Josué Quesada.



que los jurados estén integrados con mayor equidad entre hombres y mujeres (num. 34 junio 1931).

2. El objeto libro va a ser abordado desde varios enfoques:

La conservación, el ordenamiento, la difusión del libro entre los lectores de este final de época floreciente y optimista, así como en la década de crisis que vendrá, constituyen uno de los temas más destacados y recurrentes en LLA; también uno de sus rasgos más originales y dignos de valorar:

- Las bibliotecas son objeto de numerosas notas: el hecho de que el primer número se abra con la nota principal dedicada a Groussac, en su último año como director de la Biblioteca Nacional (fallece poco después, en junio de 1929) es muy elocuente en este sentido. En 1931 la revista presenta al nuevo director de la Biblioteca Nacional, Carlos Melo; poco tiempo después, ocupa el cargo Martínez Zuviría, objeto de elogios en sucesivos números, por su capacidad como organizador y modernizador de la BN.

Aparecen también artículos sobre las bibliotecas municipales (a cargo de Alberto Justo), sobre la Biblioteca Argentina para Ciegos (fundada en 1924), y sobre bibliotecas de algunas entidades particulares, como la Biblioteca Obrera Juan B. Justo. En este sentido, se destaca la nota donde Manuel Selva hace la disección del catálogo de la Biblioteca del Jockey Club, confiada a alguna persona de buena voluntad pero sin la menor idea de una clasificación científica.

- La formación de bibliotecarios es un objetivo que propone reiteradamente LLA, en especial a través de las notas de Manuel Selva. La nota inicial y central del num. 26 está firmada por J. P. Echagüe, quien plantea: “En este país está haciendo falta una escuela de bibliotecarios”, y pide que se instituya un Día del Libro (LLA 26:1930). En la misma dirección, en el n. 38 (octubre 1931), se expone un Plan de estudios para una escuela de bibliotecarios.

Un breve paréntesis para destacar la obra perseverante e inteligente de Manuel Selva, quien, desde su cargo en la Biblioteca Nacional –adonde ingresa en tiempos de Groussac– supo contactarse con las personas que llevarían adelante algunos de los proyectos que veía como imprescindibles en el desarrollo de la cultura bibliográfica del país. Según un colega y amigo de Selva (Trenti Rocamora) fue suya la idea de crear



LLA.⁸ Y es él, junto con Fortunato Mendilaharsu durante un breve tiempo, el que lleva adelante la idea de la Bibliografía General Argentina, un ambicioso proyecto de catalogar todas las publicaciones realizadas en nuestro país desde los tiempos coloniales.⁹

- Esta cabeza ordenadora –a la que se le debe también el muy completo informe sobre las actividades de LLA en sus cinco primeros años de vida¹⁰– está de algún modo presente en otras actividades donde se articulan las normas legales, la difusión de la propia editorial Rosso y el interés del investigador: en las listas de obras recibidas en el Registro de la Propiedad Intelectual –que LLA publica mensual y anualmente– se puede ver la coexistencia de autores de diversas épocas, géneros, disciplinas (LLA no se dedica solo a las letras, a pesar de su nombre), diversos niveles de notoriedad (junto con las ediciones de Rosso, muchas ediciones de autor). Vale la pena destacar lo excepcional de estos listados, expuestos año tras año, mes tras mes, en un ámbito y una época que no tenía por costumbre redactar, difundir y conservar esos registros. Una actividad imprescindible para editores, libreros y, hoy, investigadores, que tuvo su antecedente en un proyecto también de corta duración, el *Anuario Bibliográfico* de Alberto Navarro Viola (1879-1887) a quien LLA rinde homenaje como “propulsor de la Bibliografía Argentina” en dos extensas notas (septiembre y octubre 1934), con datos aportados por su hermano Enrique.

- Políticas del libro, políticas de Estado: Lorenzo Rosso es en estos años quien preside la Sección Artes Gráficas dentro de la UIA y es evidente que hay aquí una mirada que, en sus 50 años de profesión en la rama, trasciende el interés inmediato para planificar a largo plazo, no solo en lo personal ni en lo meramente corporativo sino con alcance nacional.

Algunas manifestaciones de esta perspectiva:

a) La preocupación por la difusión del libro en el exterior, amplitud de mercados, unidad de un mercado en lengua castellana. Las entrevistas a diferentes embajadores (Cuba, México, Chile, Honduras, España, entre otros) asignan siempre un espacio a los

8 Rosso ya había tenido un intento frustrado, *La Vida Literaria*, que duró solo un número (ver declaraciones del mismo Selva en el 5° aniversario de LLA).

9 Las entregas de la BGA acompañaron cada número de LLA desde el 13 en adelante. El cierre de la revista tras la muerte de Rosso dejó trunco este proyecto imprescindible.

10 Num 64, diciembre de 1933.



intercambios existentes o posibles en el campo de la edición argentina. Se informa sobre la Exposición del Libro en Madrid (1929), adonde asiste Rosso, entre otros editores nacionales.

b) El debate sobre la Ley de Propiedad Intelectual se lleva a cabo en estos años; Rosso en LLA da cuenta de estos debates, presenta proyectos de ley desde la UIA, da lugar a propuestas alternativas (como la del senador Sánchez Sorondo).

c) Vinculado con este tema, se presenta la cuestión de las traducciones realizadas en España, alejadas del habla general de Argentina. LLA transmite las opiniones de diversos escritores –entre ellos, Scalabrini Ortiz–, que se inclinan por una política lingüística defensora de lo nacional.

d) Se muestra una constante preocupación por las trabas a la circulación del libro argentino (como el aumento de tarifas postales, en 1931) y se elogian las medidas tendientes a difundirlo y abaratarlo (como la iniciativa de la dirección del Correo Nacional, que instala lugares de venta con descuentos – N. 32. abril 1931).

e) A lo largo de la década, se promocionan las exposiciones de libros, como una tarea que redundaría en beneficio de la cultura nacional, ya sea por iniciativa del Estado, ya por parte de asociaciones privadas.¹¹

Cabe señalar el sentido centralista de este universo cultural: apenas hay referencias a otras problemáticas que no sean las radicadas en la Capital Federal. La queja de José Picone frente al hecho de que las actividades literarias de la Provincia de Buenos Aires permanecen aisladas y desconocidas apenas merece una breve nota (marzo 1929); y es con cierta ironía que se mencionan los intentos de Rosario por hacerse un espacio de reconocimiento en el campo editorial.

En una época de fuerte impronta nacionalista, LLA convoca a la defensa de los valores de la Nación, y así el marketing va a estar acorde con ese espíritu, como proclama la cornisa inferior de la revista en el año 1931: “Leer y difundir LLA es hacer buen nacionalismo”. O, inclinándose por la tautología: “Los lectores de LLA son lectores del libro nacional” (1934).

¹¹ Exposición Femenina del Libro Latinoamericano; Exposición Alemana de Libros y Artes Graficas, Exposición del libro británico, entre otras.



3. Los lectores. Aunque no es éste uno de los ejes más destacados por la publicación, aparecen interesantes informaciones sobre el número de asistentes a las bibliotecas municipales –entre ellas, la histórica Miguel Cané, en el barrio de Boedo–, y un intento de estadística sobre los géneros más solicitados en ellas.¹² La novela es lo que más atrae a los lectores de la Biblioteca Popular del Municipio (calle Córdoba 1551). En cambio, según Alberto Justo, “en los barrios obreros son afectos al conocimiento, a las ciencias, artes manuales”. A pesar de los juicios demolidores de Arlt en la entrevista ya citada (“las obras que llamamos nacionales, como el Martín Fierro, solo le pueden interesar a un analfabeto”) el libro más solicitado en todas las bibliotecas municipales es el Martín Fierro.

V. El contexto de una publicación: antes y después del 30

Para un hombre avezado en el mundo de la industria gráfica, la capacidad para navegar entre intereses e ideologías variadas es una competencia imprescindible. Recordemos que Rosso había sido el editor del gran Álbum del Centenario, lo cual revela una vinculación con los sectores que desde el gobierno alentaron y financiaron la serie de homenajes a una Argentina que celebraba su progreso (aparentemente) indefinido. Pero es también el editor de la Colección iniciada por José Ingenieros, La Cultura Argentina, uno de los emprendimientos más promocionados a lo largo de LLA (anuncios de títulos, nuevas ediciones, promociones, etc.); y el médico-filósofo será objeto de homenajes en cada aniversario de su muerte, cubiertos por sucesivas notas en LLA. La segunda gestión de Yrigoyen va a ser saludada por la revista con una portada donde aparece el presidente con todo su gabinete, y hay referencias en distintas entrevistas a la época floreciente que vive el país, en lo económico y en lo cultural.

Dos años después, otra portada muestra el acomodamiento a las nuevas realidades políticas: una gran foto de los 350.000 ciudadanos que se reúnen en Plaza de Mayo para aplaudir la jura de la Junta Provisional a manera de ilustración de “nuestro saludo al pueblo que el 6 de septiembre entró por la Avenida de Mayo con la conciencia de que penetraba voluntariamente en la historia” (LLA, septiembre 1930). Y una nota del

12 Cf. la entrevista a Alberto Justo (n. 12, agosto 1929): “Don Alberto D. Justo, presidente de varias organizaciones bibliotecarias, establece el criterio que guía a los lectores y detalla las obras y autores más solicitados”.



mismo número ("Los intelectuales y el momento actual") editorializa sobre la "Revolución" –que no es tal, se afirma, porque "no ha habido trastornos económicos ni sociales, a tal punto que la Constitución sigue imperando en toda su letra y en todo su espíritu democrático" (sic) (LLA 25:1930).¹³

En el cuerpo de la revista, las notas que se ofrecían a los escritores de Boedo (Castelnuovo, Barletta, César Tiempo, Mario Bravo, el mismo Arlt, habitualmente vinculado con ese grupo) para expresar sus ideas "acerca de un presunto arte izquierdista" (Barletta, nov. 1928), "por una literatura abierta a reflejar lo social" (Mario Bravo, sept. 1929) o para adelantar capítulos de próximos libros (Castelnuovo), ceden su lugar a temas más técnicos, más profesionales (leyes, bibliotecas, exposiciones), o a sucesivos homenajes a figuras del pasado (Guido Spano, Alberdi, García Mérou, Ricardo Gutiérrez, Antonio Zinny).

Si bien Rosso parecería mantenerse en un lugar más neutral –o equidistante–, la impronta de Manuel Selva se hace sentir: en el homenaje a Mons. Dionisio Napal (por su publicación de "El Imperio soviético"),¹⁴ a Josué Quesada, secretario de Manuel Carlés, a Martínez Zuviría (como director de la BN, como escritor, como padre de familia...). Una nota para destacar por lo que expresa claramente sobre su pensamiento: durante la gran Exposición del Libro Español, realizada en Buenos Aires en 1933, donde la joven República muestra la vitalidad de sus proyectos culturales a través de una numerosa comitiva que preside Amado Alonso, se proyecta un film documental, República. Prescindiendo de las propuestas que el film quiere transmitir sobre esta nueva y esperanzada etapa de la realidad española, los comentarios de Selva van a centrarse en la caballerosa despedida del rey al abandonar su patria; en la enseña tricolor que "perturba con su mancha morada los cerebros" (sic), en las imágenes de una España empobrecida y en los capitales que huyen "faltos de confianza en el futuro".¹⁵

VI. Final: entre homenajes y fotografías

13 Como curiosidad: en el catálogo de obras registradas en 1930 aparece una lista de piezas de música; entre ellas, varias composiciones en homenaje al Golpe militar, como el tango "Cadetes de mi patria", el himno patriótico "6 de septiembre" y una "gran marcha militar para piano" con el mismo título (LLA 25: 1930).

14 Napal, vicario general de la Armada, será una de las voces más destacadas en las celebraciones del Congreso Eucarístico de 1934.

15 Nota: "Luis Cuesta presenta la nueva película *República*", por Manuel Selva, n. 57, mayo 1933.



El banquete realizado en el Hotel Castelar en septiembre de 1933 en homenaje a Rosso para celebrar el 5º aniversario de la revista, sus 50 años de actividad en las artes gráficas y los 40 años de la fundación de sus talleres constituye un hito en su trayectoria, que reúne a figuras de la política, de la educación, de la diplomacia, del periodismo, de la imprenta, de la literatura (cf. num. 61). La larga reseña de Manuel Selva sobre las actividades desarrolladas por LLA lleva un título cuyo autoelogio es, en este caso, indiscutible: “Un lustro de Cultura Nacional a través de LLA”.

Tan solo tres años después, el editor va a ser objeto de otro homenaje; en este caso, por parte de quienes integran el cortejo fúnebre en el cementerio del Oeste, el 12 de julio de 1936. Una larga serie de discursos, como es de rigor, acompaña este ritual de sociabilidad luctuosa: Manuel Carlés, Josué Quesada, Adolfo Bioy, Jorge Furt, Manuel Ugarte, José Peco, serán los encargados de reseñar las cualidades de Lorenzo J. Rosso, fallecido a la edad de 65 años.

Más allá de la pluralidad de estas voces, que hablan de una época donde todavía – aunque no por mucho tiempo–, pueden convivir el creador de la Liga Patriótica con el vocero de la Unidad Latinoamericana o uno de los futuros fundadores de FORJA, la foto que perfilan estas dos escenas es la de un hombre que inserta su tarea de empresario editorial en el contexto de un proyecto de cultura nacional. La desaparición de su figura trae aparejada la desaparición de su revista bibliográfica. Tal vez como una más de las frustraciones en el campo de la cultura. Tal vez como signo de una etapa de mecenas ilustrados que se termina para dar paso a una tarea más diversificada, donde cada agente (editores, Estado, instituciones) tendrá su propia actividad y su objetivo –no siempre coincidentes.

BA, 24/10/2012

Bibliografía

- Buonocore, Domingo (1974). *Libreros, editores e impresores en Buenos Aires*, Buenos Aires, Browker Editores.
- Cardinali, Juan Carlos. "Entrevista a José Luis Trenti Rocamora". *Qué hacer con mi libro*, 15ª ed., Buenos Aires, Dunken.



- Gutiérrez, Leandro y Luis Alberto Romero (1995). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ingenieros, José (1915). "Historia de una biblioteca". *Revista La Nota*, Buenos Aires, 11-9-1915.
- La Literatura Argentina, Revista Bibliográfica*, director Lorenzo J. Rosso, Buenos Aires, 1928-1937.
- Lafleur, Héctor, Sergio D. Provenzano y Fernando Alonso (1962). *Las revistas literarias argentinas 1893-1967*, Buenos Aires, ECA.
- Pierini, Margarita (2006). "La revista bibliográfica La Literatura Argentina (1928-1937)". *El Matadero. Revista crítica de literatura argentina*, Segunda época, N. 4, Ed. Corregidor, 93-113.
- de Sagastizábal, Leandro (1995). *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura*, Buenos Aires, Eudeba.
- _____ (2002). *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Norma.
- Saítta, Sylvia y Luis A. Romero (1998). *Grandes entrevistas de la historia argentina (1879-1988)*, Buenos Aires, Aguilar.
- Sarlo, Beatriz (1992). *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Severino, Jorge E. (1996). *Biblioteca de la Nación (1901-1920)*, Buenos Aires, Sociedad de Estudios Bibliográficos.
- Tarcus, Horacio (1996/97). "Samuel Glusberg, entre Mariátegui y Trotsky". *El Rodaballo*, año 3, N° 5, 34-40.
- _____ (2009). *Cartas de una hermandad*, Buenos Aires, Emecé.